

sentian; y así se juraron, quedando concertado el matrimonio, y hechas en él con todo secreto las diligencias que convino, entre tanto que pudieran ser desposados. En esto pasaron tres dias, y del contento parecia tener Clorinia alguna mejoría; mas era fingida, porque con la mucha sangre que le habia salido, poco á poco se acababa. ¶ Viendo Dorido ser imposible escapar su esposa con la vida, porque muriese de todo punto alegre y satisfecha (si tal puede haber en la muerte) al cuarto dia, pareciéndole tiempo conveniente á lo que tenia trazado, para el quinto convidó á Horacio como hacia otras veces, el cual confiado en el secreto con que cometió el delito, y que ni en la ciudad ni vecindad se hablaba ni entendia palabra, paseábase muy seguro como si tal no hubiera hecho, y así no se recelaba. Dorido, para mas desvelarlo, fingió no saber alguna cosa, mostróle el rostro alegre, la boca risueña, que asegurado también con esto aceptó el convite. Habia hecho Dorido conficionar un vino que daba profundo sueño siendo bebido, el cual secretamente mandó que le sirviesen á la mesa; hizose así, y habiendo comido, con el postrer bocado se quedó en la silla como un

muerto. Luego Dorido, atándole los piés y brazos fuertemente á los de la misma silla, cerradas todas las puertas de la casa, y ellos dos en ella solos, le dió á oler una poma, con que luego recordó del sueño en que estaba sepultado; y viéndose de tal modo, sin ser señor de poderse menear, conoció ser castigo de su culpa. Dorido le cortó ambas manos, y en el canto de la silla le dió garrote, con que le dejó ahogado; y esta madrugada lo trujo antes de amanecer delante de sí en la silla de un caballo, y poniendo un palo en el agujero donde cometió el delito, lo dejó ahorcado dél, y con una cinta las dos manos atadas al cuello. Con esto se ausentó de Roma, pareciéndole que sin su Clorinia, patria ni vida pudieran consolarlo. Hoy que amaneció este espectáculo ha fallecido Clorinia, y en este punto acaba de espirar. ¶

¶ Al embajador causó gran lástima y admiracion el caso; era hora de ir á palacio y despidiéronse; yo di mil gracias á Dios, que no me hizo enamorado; pero si no juzgué los dados, hice otros peores baratos como verás en la segunda parte de mi vida, para donde, si la primera te dió gusto, te convidó. ¶

FIN DE LA PRIMERA PARTE DE GUZMÁN DE ALFARACHE.

GUZMAN DE ALFARACHE.

PARTE SEGUNDA.

LIBRO PRIMERO.

DONDE CUENTA LO QUE LE SUCEDIÓ DESDE QUE SIRVIÓ AL EMBAJADOR SU SEÑOR, HASTA QUE SALIÓ DE ROMA.

CAPITULO PRIMERO.

Guzmán de Alfarache disculpa el proceso de su discurso, pide atencion y da noticia de su intento.

Comido y reposado has en la venta; levántate, amigo, si en esta jornada gustas de que te sirva, yendo en tu compañía, que aunque nos queda otra, para cuyo dichoso fin voy caminando por estos pedregales y malezas, bien creo que te se hará fácil el viaje, con la cierta promesa de llevarte á tu deseo. Perdona mi proceder atrevido, no juzgues á descomedimiento tratarte desta manera, fálto de aquel respeto debido á quien eres; considera que lo que digo no es para tí, antes para que lo reprehendas á otros, que como yo lo habian menester.

¶ Hablando voy á ciegas, y dirásme muy bien, que estoy muy cerca de hablar á tontas, pues arrojo la piedra sin saber dónde podrá dar, y diréte á esto lo que decia un loco que arrojaba cantos: cuando alguno tiraba daba voces, diciendo: *guarda aho, guarda aho, todos me la deben, dé donde diere.* Aunque también te digo, que como *tengo las hechas, tengo sospechas.* A mí me parece que son todos los hombres como yo, flacos, fáciles, con pasiones naturales y aun estrañas, que con mal seria, si todos los costales fuesen tales; mas como soy malo, nada juzgo por bueno: tal es mi desventura; y de semejantes convierto las violetas en ponzoña, pongo en la nieve manchas, maltrato y sobajo con el pensamiento la fresca rosa. Bien me hubiera sido en alguna manera no pasar con este mi discurso adelante; pues demás que tuviera escuchado el serte molesto, no me fuera necesario pedirte perdon para ganarte la beca, y conseguir lo que mas aqui pretendo; que aun muchos, y quizá todos los que comieron la manzana, lo juzgarán por impertinente y superfluo, empero no es posible; porque aunque tan malo; cual tienes de mi formada idea, no puedo persuadirme que sea cierta, pues ninguno se juzga como le juzgan; yo pienso de mí lo que tú de tí: cada uno estima su trato por el mejor, su vida por la mas corregida, su causa por justa, su honra por la mayor y sus elecciones por mas bien acertadas. Hice mi cuenta con el almohada, pareciéndome, como es verdad, que siempre la prudente consideración engendra dichosos acaecimientos, y de acelerarse las cosas nacieron sucesos infelices y varios, de que vino á resultar el triste arrepentimiento, porque dado un inconveniente, se siguen dél infinitos. Así, para que los fines no se yerren, como casi siempre sucede, conviene hacer fiel exámen de los principios, que hallados y elegidos está hecha la mitad principal de la obra, y dan de sí un resplandor que nos descubre de muy lejos con indicios naturales lo por venir. Y aunque de suyo son

en sustancia pequeños, en virtud son muy grandes y están dispuestos á mucho; por lo cual se deben dificultar cuando se intentan, procurando todo buen consejo; mas ya resueltos una vez por acto de prudencia, se juzga el seguirlos por osadía; y tanto mayor, cuanto fuere mas noble lo que se pretende con ellos. Y es imperfeccion, y aun liviandad notable, comenzar las cosas para no fenececerlas, en especial si no las impiden súbitos y mas graves casos, pues en su fin consiste nuestra gloria. ¶

¶ La mía (ya te dije) que solo era de tu aprovechamiento; de tal manera, que puedas con gusto y seguridad pasar por el peligroso golfo del mar que navegas. Yo aqui recibo los palos; y tú los consejos en ellos; mia es la hambre y para tí la industria, para que no la padezcas. Yo sufro las afrentas de que nacen tus honras; y pues has oído decir que *aguese te hizo rico que te hizo el pico*, haz por imitar al discreto yerno, que sabe con blandura granjear del duro suegro, que le pague la casa, le dé mesa y cama, dineros y esposa con que se regale, abuelos, que como esclavos y truhanes crien, sirvan y entretengan á sus hijos. Ya tengo los piés en la barca, no puedo volver atrás; echada está la suerte, prometido tengo, y como deuda, debo cumplirte la promesa en seguir lo comenzado. El sujeto es humilde y bajo; el principio fué pequeño; lo que pienso tratar, si como buey lo rumias, volviéndolo á pasar del estómago á la boca, podria ser importante, grave y grande. Haré lo que pudiere, satisfaciendo al deseo, que hubiera servido de poco alborotar tu sosiego, habiéndote dicho parte de mi vida, dejando lo restante della. Muchos creo que dirán, ó ya lo han dicho: mas valiera que ni Dios te la diera, ni así nos la contaras, porque siendo notablemente mala y distraida, fuera para tí mejor callarla, y para los otros no saberla. Lejos vas de la verdad, no aciertas con la razon en lo que dices, ni creo ser sano el fin que te mueve: antes me causa sospecha, que como te tocan en el ax, y aun con solo el amagarte, sin que te lleguen, te lastiman; que no hay cuando al disciplinante le duela, y sienta mas la llaga que se hizo él propio, que cuando se la curan otros. ¶

¶ O te digo verdades, ó mentiras; mentiras no, y á Dios pluguiera que lo fueran, que yo conozco de tu inclinacion que holgaras de oirlas, y aun hicieras espuma con el freno; digo verdades, y hácesete amargas. Picaste dellas, porque te pican: si te sintieras con salud, y á tu vecino enfermo; si diera el rayo en cas de Ana Diaz, mejor lo llevaras, todo fuera sabroso, y yo de tí muy bien recibido. Mas para que no te me deslices como anguila, yo buscaré hojas de higuera contra tus bachillerias, no te me saldrás por esta vez de entre las manos. Digo, si quereis

oirlo, que aquesta confesion general que hago, este alarde público que de mí te represento, no es para que me imites á mí; antes para que sabidas corrijas las tuyas en tí: si me ves caído por mal reglado, haz de manera que aborrezcas lo que me derribó; no pongas el pié donde me viste resbalar, y sirvate de aviso el tropezon que di, que hombre mortal eres como yo, y por ventura no mas fuerte ni de mayor maña. Da vuelta por tí, recorre á espacio y con cuidado la casa de tu alma, mira si tienes hechos muladares asquerosos en lo mejor della, y no espulgues ni murmures que en casa de tu vecino estaba una pluma de pájaro á la subida de la escalera. ¶

¶ Ya dirás que te predico, y que ¿cuál es el necio que se cura con médico enfermo? Pues quien para sí no alcanza la salud, menos la podrá dar á los otros. ¿Qué condito cordial puede haber en el colmillo de la víbora, ó en la puntura del alacrán? ¿Qué nos podrá decir un malo que no sea malo? No te digo lo soy, mas acontecerame contigo lo que al diestro trinchante á la mesa de su amo: que corta curiosa y diligentemente la pechuga, el alon, la cadera ó la pierna del ave, y guardando respeto á las calidades de los convidados á quien sirve, á todos hace plato, á todos procura contentar, todos comen, todos quedan satisfechos, y él solo sale cansado y hambriento. A mi costa y con trabajos propios descubro los peligros y sirtes para que no embistas y te despedaces, ni encalles adonde te falte remedio á la salida. No es el rejalgat tan sin provecho, que deje de hacerlo en algo, dineros vale y en la tienda se vende; si es malo para comido, aplicado será bueno. Y pues con él emponzoñan sabandijas dañosas, porque son perjudiciales, atriaca sería mi ejemplo para la república, si se atosigasen estos animalazos fieros, aunque caseros y al parecer domésticos (que aqueo es lo peor que tienen); pues figurándonos humanos y compasivos, nos fiamos dellos: fingen que lloran de nuestras miserias, y despedazan cruelmente nuestras carnes con tiranías, injusticias y fuerzas. ¶

¶ Oh si valiese algo para poder consumir otro género de fieras! Estos que lomi-enhiestos y descansados andan desempedrando calles, trajinando el mundo, vagabundos, de tierra en tierras, de barrio en barrios, de casa en casas, hechos espuma-ollas, no siendo en parte alguna de algun provecho, ni sirviendo de mas, que como los arrieros en la alhóndiga de Sevilla, de meter carga para sacar carga, llevando y trayendo mentiras, aportando nuevas, hablando ebismes, levantando testimonios, poniendo dimensiones, quitando las honras, infamando buenos, persiguiendo justos, robando haciendas, matando y martirizando inocentes. ¡Hermosamente parecieran, si todos perecieran! Que no tiene Bruselas tapiceria tan fina, que tanto adorne ni tan bien parezca en la casa del principe, como la que cuelgan los verdugos por los caminos. Premios y penas conviene que haya: si todos fueran justos, las leyes fueran impertinentes; y si sabios, quedarán por locos los escritores: para el enfermo se hizo la medicina, las honras para los buenos, y la horca para los malos. Y aunque conozco ser el vicio tan poderoso, por nacer de un deseo de libertad sin reconocimiento de superior humano ni divino, ¿qué temo, si mis trabajos, escritos y desventuras padecidas tendrán alguna fuerza para enfrenar las tuyas, produciendo el fruto que deseo? Pues viene á ser vano y sin provecho el trabajo que se toma por algun respeto, si no se consigue lo que con él se pretende. Mas como ni el retórico siempre persuade, ni el médico sana, ni el marinero aporta en salvamento, habréme de consolar con ellos, cumplidas mis obligaciones, dándote buenos consejos y sirviéndote de luz, como el pedreñal herido que la sacan del para encenderla en otra parte, quedándose sin ella. De la misma forma el malo pierde la vida, recibe castigos, padece afrentas, dejando á los que lo ven ejemplo en ellas. ¶

¶ Quiero volverme al camino que se me representa en este lugar, lo que á los labradores y aun á los muy labrados cortesianos, cuando pasan por la roperia, si acaso alzan los ojos á mirar, que luego se arriman á ellos, unos les tiran y otros estiran, y allí los llevan y acullá los llaman, y no saben con cuáles ir seguramente. Porque pareciéndoles que todos engañan y mienten, de ninguno se fian, y andan muy cuerdos en ello; yo sé muy bien el por qué, y lo que venden lo dice á voces. Ahora bien, démosles lado, dejémosles pasar, siquiera por las amistades que un tiempo me hicieron, en comprarme prendas que nunca compré, dándome dineros á buena cuenta de lo que les habia de vender, y enseñándome á hacer de la noche á la mañana ropillas de capas, vendiendo los retazos para hacer soletas. O lo que suele suceder al descuidado caminante que, sin saber el camino, salió sin preguntarlo en la posada, y cuando tiene andada media legua, suele hallarse al pié de una cruz que divide tres ó cuatro sendas á diferentes partes; y empuñándose sobre los estribos, torciendo el cuerpo, vuelve la cabeza, mirando quién le podrá decir por dónde ha de caminar. Mas no viendo á quien lo adiestre, hace consideracion cosmógrafa, eligiendo á poco mas ó menos la que le parece ir mas derecha acia la parte donde camina. Veo presentes tantos y tan varios gustos, estirando de mí todos, queriéndome llevar á su tienda cada uno, y sabe Dios por qué y para qué lo hace. Pide aqueste dulce, aquel acedo, uno hace freir las aceitunas, otro no quiere sal ni aun en el huevo, y habiendo quien guste de comer los piés de la perdiz tostados al humo de la vela, no falta quien dice, que no crió Dios legumbre como el rábano. ¶

¶ Así lo vimos en cierto ministro papelista, por escelerencia mal quisto y mentiroso, aunque sobre todo avariento: el cual como se mudase de una posada en otra, después de llevada la ropa y trastos de casa, se quedó solo en ella rebuscándola y quitando los clavos de las paredes. Acertó á entrar en la coeina, donde halló en el ala de la chimenea cuatro rábanos añejos, que como tales los dejaron perdidos y sin provecho. Juntólos y atólos, y con mucho cuidado los llevó á su mujer, y con cara de herrero le dijo: « así se debe ganar la hacienda, pues así se deja perder; como no lo trujistes en dote, de todo se os da nada: ¿veis esta perdición? Guarda esos rábanos que dinero costaron, y volvedlos á echat á mal perdida, que yo lo soy liarto mas en consentir que por junto se traiga un manojó á casa. » La mujer los guardó, y aquella noche (por no tenerla negra con pendencia) los hizo servir á la mesa; y comiéndolos el marido, dijo: « ahora por Dios, hermana, que sobre todos los gustos, tiene lugar principal el de los rábanos añejos, que cuanto mas lacios mejor saben, si no, probad uno destes; » y haciéndole fuerza, la obligó á comerlo contra toda su voluntad y con asco. Gentes hay que no se contentan con loar aquello que dicen aplacerles, ya sea por lo que fuere, sino que quieren que los otros lo hagan, y que á su pesar sepa bien y se lo alaben. Y juntamente con esto que vituperen el gusto ajeno, sin considerar que son los gustos varios, como las condiciones y rostros; que si por maravilla se hallaren dos que se parezcan, es imposible hallarlos en todo iguales. Así habré de hacer aqui lo que me aconteció en una comedia, donde por ser de los primeros, vine á ser de los delanteros; y como tras de mí hubiese otros no tan bien dispuestos, me decian que me hiciese á un lado; y en meciéndome un poco, se quejaban otros, á quien hacia también estorbo; los unos y los otros me ponian á su modo, porque todos querian ver; de manera que, no sabiendo cómo acomodarme acomodándolos, hice orejas de mercader, púsemme de pié derecho, y cada uno alcanzase como mejor pudiese. ¶

¶ Querrian el melancólico, el sanguíneo, el colérico, el flemático, el compuesto, el desgarrado, el retórico, el

filósofo, el religioso, el perdido, el cortesano, el rústico, el bárbaro, el discreto y aun la señora doña Calabaza, que para sola ella escribiese á lo fruncido, y que con solo su pensamiento y á su estilo me acomodase. No es posible, y seríame necesario demás de hacer para cada uno su diferente libro, haber vivido tantas vidas, cuantos hay diferentes pareceres. Una sola he vivido, y la que me achacan es testimonio que me levantan: la verdadera mia iré prosiguiendo, aunque mas me vayan persiguiendo; y no faltará otro Gil para la tercera parte, que me arguya como en la segunda de lo que nunca hice, dije ni pensé; lo que le suplico es que no tome tema ni tanta cólera conmigo, que me ahorque por su gusto; que ni estoy en tiempo dello ni me conviene. Déjeme vivir, pues Dios ha sido servido de darme vida en que me corrija, y tiempo para la enmienda: servirán aquí mis penas para excusarte dellas, informándote para que sepas encadenar lo pasado y presente con lo venidero de la tercera parte, y que hecho de todo un trabado con testo, quedas, cual debes, instruido en las veras, que solo este ha sido el blanco de mi puntería. Y descubro el de mi pensamiento á los que se sirven de escusarme del trabajo. Empero sea de manera que se puedan gloriar del suyo, que tengo por indecente negar á un autor su nombre, apadrinando sus obras con el ajeno; que será obligarme á escribir otro tanto, para no ser tenido por tonto, cargándome de desuados ajenos. ¶

¶ Esto se quede porque no parezca dicho con cuidado, ni mas de por haber venido á propósito. Mas volviendo al nuestro, digo, que cada uno haga su plato y pasto de lo que le sirviéremos en esta mesa, dejando para otros lo que no le supiere bien ó no abrazare su estómago, y no quieran todos que sea este libro como los banquetes de Eliogábalo, que se hacia servir de muchos y varios manjares, empero todos de un solo pasto, ya fuesen pavos, pollos, faisanes, jabali, peces, leche, yerbas ó conservas. Una sola vianda era empero como el maná, diferenciada en gustos; aunque los del maná eran los que cada uno queria, y esotros los que les daba el cocinero, conforme á la torpe gula de su amo. Con la variedad se adorna la naturaleza; eso hermosae los campos, estar aquí los montes, allí los valles, acullá los arroyos y fuentes de las aguas. No sean tan avarientos que lo quieran todo para sí, que yo he visto en casa de mis amos dar libreas, y el páje pequeño tan contento con la suya, aunque no entró tanta seda como el grande, que la hubo menester doblada, por ser de mas cuerpo. ¶

¶ Determinado estoy de seguir la senda que me pareciere atinar mejor al puerto de mi deseo, y lugar adonde voy caminando. Y tú, discreto huésped, que me aguardas, pues tienes tan clara noticia de las miserias que padece quien como yo va peregrinando, no te desdienes, cuando en tu patria me vieres, y á tu puerta llegare desfavorecido, en hacerme aquel tratamiento que á tu propio valor debes, pues á tí solo busco, y por tí hago este viaje: no para hacerte cargo dél, ni con ánimo de obligarte á mas de una buena voluntad, que naturalmente debes á quien te la ofrece, y si de tí la recibiere, quedaré con satisfacción pagado y deudor para rendirte por ella infinitas gracias. Mas el que por oírmelas está deseoso de verme, mire no le acontezca lo que á los mas que curiosos, que se ponen á escuchar lo que se habla dellos, que siempre oyen mal; porque con oro fino se cubre la pildora, y á veces le causará risa lo que le debiera hacer verter lágrimas. Demás, que si quisiere advertir la vida que paso y lugar adonde quedo, conocerá su demasia, y daráme á conocer su poco talento. Póngase primero á considerar mi plaza, la suma miseria donde me desconcierto me ha traído, representese otro yo, y luego discorra qué pasatiempo se podrá tomar con el que siempre lo pasa preso y aherrado con un renegador ó renegado cómitre; y salvo si soy para él como el toro en el coso, que sus garrochadas, heridas y palos alegran

á los que lo miran, y en mí lo tengo por acto inhumano; y si dijeres que hago ascos de mi propio trato, que te lo vendo caro, haciéndome de rogar, ó que hago melindre, pesárame que lo juzgues á tal; que aunque es notoria verdad haber servido siempre al embajador mi señor de su gracioso, entonces pude, aunque no supe, y aunque ahora supiese no puedo, porque tienen mucha costa y no todo tiempo es uno. Mas para que no ignores lo que digo, y sepas cuáles eran mis gracias entonces, y lo que ahora sería necesario para ellas, oye con atencion el capítulo siguiente. ¶

CAPÍTULO II.

Guzmán de Alfarache cuenta el oficio de que servía en casa del embajador su señor.

Del mucho poder y poca virtud en los hombres, nace no premiar tantos servicios buenos y trabajos personales de sus fieles criados, cuanto palabras dulces de lenguas vanas; por parecerles que lo primero se les debe por lo que pueden, y así no lo agradecen, y de lo segundo se les hace gracia, porque no lo tienen y compran sus faltas á peso de dineros. Es mucho de sentir que les parezca que contradice la virtud á su nobleza, y sintiendo mal della, no la tratan; y también, porque como se haya de conseguir por medios ásperos, contrarios á su sensualidad y con su mucho poder, nunca se les aparta del oído y ladros, lisonjeros, viciosos y aduladores; aquella es la leche que mamaron y paños en que los envolvieron, hicieron su centro natural con el uso, y con el mal abuso se quedaron. De aquí nacen los gastos demasiados, las prodigalidades, las vanas magnificencias, que sobre tabla se pagan muy presto, de contado, con suspiros y lágrimas: el dar antes á un truhán el mejor de sus vestidos, que á un virtuoso el sombrero desechado; y porque también es dádiva reciproca, trueco y cambio que corre, visten ellos el cuerpo á los que revisten el suyo de vanidad; favorecen con regalos á los que los adulan con halagos de palabras tiernas y suaves, de buen sonido y consonancia; compran con precio su gusto, por lo cual corre su alabanza justamente de la boca de semejantes, dejando abierta la puerta por su descuido, para que los buenos publiquen sus demasías, que real y verdaderamente se debiera tener por vituperio. No quiero con esto decir que carezcan los principes de pasatiempos; conveniente cosa es que tengan entretenimientos, empero que den á cada cosa su lugar: todo tiene su tiempo y premio.

Necesario es, y tanto suele á veces importar un buen chocarreró, como el mejor consejero. No me pasa por el pensamiento atarles las manos á hacer mercedes, pues como tengo dicho, nunca el dinero se goza sino cuando se gasta, y nunca se gasta cuando bien se dispensa y con prudencia; ya, ya por mis pecados de uno y otro tengo experiencia, bien puedo deponer como aquel que ha traído los atabales á cuestras; pues el tiempo que servi al embajador mi señor, como has oído, yo era su gracioso, y te prometo que fuera muy de menor trabajo y menos pesadumbres para mí cualquiera otro corporal; porque para decir gracias, donaires y chistes, conviene que muchas cosas concurren juntas. Un don de naturaleza, que se acredite juntamente con el rostro, talle y movimiento de cuerpo y ojos, de tal manera que unas prendas favorezcan á otras, y cada una por sí tengan un donaire particular, para que juntas muevan el gusto ajeno; porque una misma cosa la dirán dos personas diferentes: una de tal manera que te quitarán el calzado y desnudarán la camisa, sin que con la risa lo sientas; y otra con tal desagrado, que te se hará la puerta lejos y angosta para salir huyendo, y por mas que procuren estos esforzarse á darles aquel vivo necesario, no es posible. Requiere también lecion continua para saber cómo y cuándo, qué y de qué se han de formar. También importa memoria de casos y conocimiento de perso-

nas, para saber casar y acomodar lo que se dijere con aquello de quien se dijere. Conviene solicitud en inquirir lo mas digno de vituperar, y más en los mas nobles, vidas ajenas; porque ni los visajes del rostro, libre lengua, disposición de cuerpo, alegres ojos, varias medallas de matachines, ni toda la ciencia del mundo será poderosa para mover el ánimo de un vano, si faltare la salsa de murmuración. Aquel puntillo de agrio, aquel granito de sal, es quien da gusto, sazón y pone gracia en lo mas desahuido y simple; porque á lo restante llama el vulgo el retablo arteficio con poco ingenio.

También es de importancia, oportunidad y tiempo en quien las quisiere decir; que fuera del y sin propósito no hay gracia que lo sea, ni siempre se quieren oír ni se podrán decir. Pídanle al mas diestro en ellas que las diga, y si le cogen al descuido le dejarán helado. Aquesto le aconteció á Cisneros, un famosísimo representante, hablando con Manzanos (que también lo era, y ambos de Toledo, los dos mas graciosos que se conocieron en su tiempo) que le dijo: «veis aquí, Manzanos, que todo el mundo nos estima por los dos hombres mas graciosos que hoy se conocen. Considerad que con esta fama nos manda llamar el rey nuestro señor. Entramos vos y yo, y hecho el acatamiento debido, si de turbados acertáremos con ello, nos pregunta: ¿sois Manzanos y Cisneros? responderéisle vos, que sí, porque yo no tengo de hablar palabra. Luego nos vuelve á decir: pues decidme gracias. Ahora quiero yo saber: ¿qué le diremos?» Manzanos le respondió: «pues, hermano Cisneros, cuando en eso nos veamos (lo que Dios no quiera) no habrá mas que responder, sino que no están fritas.» Así que, no á todos ni de todo, ni siempre podrán decirse ni valdrán un cabello sin murmuración. Esto sentía yo por excesiva desventura, hallarme obligado á ser como perro de muestra, venteando flaquezas ajenas. Mas como era el quinto elemento, sin quien los cuatro no pueden sustentarse, y la repugnancia los conserva, continuamente andaba solícito, buscando lo necesario al oficio que ya profesaba, para ir con ello ganando tierra y rindiendo los gustos al mio, que no es la menor ni menos esencial parte, captar la benevolencia, para que celebren con buena gana lo que se dice y hace; de modo, que aquellas prendas que me negó naturaleza, las habia de buscar y conservar por maña, tomando ilícitas licencias, y usando perjudiciales atrevimientos, favoreciendo todo de particular viveza mia, por fallarme letras; pues entonces no tenia otras que las de algunas lenguas que aprendí en casa del cardenal mi señor. Y aun esas estaban en agraz por mis verdes años.

Considerad pues agora de todo lo dicho, qué puedo aquí tener, y qué me falta, sin libertad y necesitado. En aquellos tiempos, en la primavera de mis floridos años, todo iba corriente, todo parecia bien, y á todo me acomodaba. Por ello y otras cosas anejas á ello me traian vestido, era el regalado, el de la privanza, el familiar, el dueño de mi amo, y aun de todos los interesados en ser sus amigos y llegados. Yo era la puerta principal para entrar en su gracia y el señor de su voluntad. Yo tenia la llave dorada de su secreto, habiame vendido su libertad; obligábame á guardárselo, tanto por esto, como por caridad de ley natural y amor que le tenia, que siempre conoció de mi gran sufrimiento en callar. Figúraseme agora, que debia de ser entonces como la malilla en el juego de los naipes, que cada uno la usa cuándo y cómo quiere. Diferentemente se aprovechaban todos de mí; unos de mis hechos, por su propio interese; y otros de mis dichos, por su solo gusto; y solo mi amo se tiraba conmigo en dichos y hechos.

Esto he venido á decir, porque de mí no se sienta que quiero contravenir á que los principes tengan en sus casas hombres de placer ó juglares. Y no sería malo cuando los tuviesen, tanto para su entretenimiento, cuanto para

recoger por aquel arcaduz algunas cosas, que no les entraría bien por otro. Y estos acontecen ocasiones en que suelen valer mucho, advirtiendo, aconsejando, revelando cosas graves en son de chocarrerías, que no se atrevieran cuerdos á decir las con veras. Graciosos hay discretos que dicen sentencias y dan pareceres, que no se humillan sus amos á pedirlos á otros de sus criados, aunque les importara mucho, y fueran ellos grandísimos estadistas para poderles aconsejar, ni lo consintieran dellos por no confesarse ignorantes á sus inferiores, ó que saben menos que ellos; que aun hasta en esto quieren ser dioses; y estos criados tales eran los papagayos que deseaba tener Júpiter enjaulados, que no es de agora el daño, ni nació ayer despreciar los consejos de los tales los poderosos. Tanta es en ellos la ambición, que quieren agregar á sí todas las cosas, haciéndose dueños y señores absolutos de lo espiritual y temporal, de malo y bueno, sin que alguno en algo se les aventaje. De tal manera, que les parece que con solo su aliento dan á los otros gracia, y no haciendo algo, quieren ser alabados de que por ellos tienen vida, honra, hacienda y aun entendimiento, que es la última blasfemia donde puede llegar su locura en este caso. Y hay otro grave daño, y es, que quieren que como en capilla de milagros colguemos en su vanidad los despojos de nuestros males. Que si andamos, les ofrezcamos las muletas de cuando estuvimos agravados y tullidos con pobreza. Si escapamos de trabajos, les vamos á sacrificar la mortaja que la fortuna nos tenia cortada, cirios y figuras de cera, declarando ser el milagro suyo, y colguemos en su templo las cadenas con que salimos á puerto del cautiverio de nuestras miserias.

No fuera esto tan culpable, si solo aconteciera lo dicho en casos virtuosos; pues el agradecimiento es debido á todo beneficio, y manifiéstase tenerlo, cuando, dando á Dios las gracias dello, se publica también la virtud en el que la obra; pues pusieron su industria, ocuparon su persona, gastaron el favor, aprovecharon la ocasión, ganaron el tiempo, y gastaron su dinero. Mas aun en torpezas y vicios quieren también escocer y ser solos ellos, como se vió en cierto titulado, tan amigo de mentir á todo ruido, sin que alguno se le aventajase, que en diciendo en una conversacion haber muerto un ciervo con tantas puntas, que realmente se le conoció ser mentira, le salió al paso con mucho donaire otro caballero anciano, deudo suyo, y dijo: «no se maraville vuestra señoría deso, que pocos dias ha que yo maté otro en ese monte mismo, que tenia dos puntas mas.» El señor se santiguaba, diciéndole: «no es posible.» Y como enojado contra el caballero, le dijo: «no me diga vuestra merced eso, que no es cosa jamás vista, ni lo quiero creer, si el creer es cortesía.» El caballero con un conocido atrevimiento, fiado en su ancianidad y parentesco, descompuesta la voz, dijo: «pese á tal, señor N., contentese vuestra señoría con tener sesenta cuentos de renta mas que yo, sino también querer mentir mas que yo. Déjeme con mi pobreza mentir como quisiere, pues no lo pido á nadie, ni le defraudo su honra ni hacienda.» Otros graciosos hay naturalmente ignorantes ó simples, por cuya boca muchas veces acontece hablarse cosas misteriosas y dignas de consideración, que parece permitir Dios que las digan, y que con ello también á lo que conviene callen, las cuales, aun siendo desta calidad, tienen mucho donaire diciéndolas.

Esto aconteció en un simple de su nacimiento, de quien gustaba mucho un príncipe poderosísimo, que como con secretas causas hubiese depuesto á un grave ministro suyo, y viendo entrar á este simple, le preguntase lo que habia de nuevo por la corte, respondió: «que habeis hecho muy mal en despedir á N., y que ha sido contra toda razón y justicia.» Parecióle al príncipe (por tener su causa justificada) que aquella hubiera sido simpleza de su boca, y díjole: «aquesto tú lo dices: que debia de ser tu amigo,

que no porque lo hayas oído decir á ninguno.» El simple le respondió: «mi amigo, par Dios que mentís, que mas mi amigo sois vos; yo no digo nada, que por ahí lo dicen todos.» Pesóle al príncipe que hubiese quien fiscalcase sus obras ni examinase su pecho. Y por saber si trataba dello alguna gente de sustancia, le replicó, diciendo: «pues dices que lo dicen tantos, y que eres mi amigo, ¿dime de uno á quien lo has oído?» El simple se reparó un poco, y cuando pensaba el príncipe que recordaría la memoria para señalarle persona, le respondió con descompuesta ira: «la santísima Trinidad me lo dijo: ved á cuál de las tres personas quereis prender y castigar.» Al príncipe le pareció negocio del cielo, y no volvió á tratar mas dello.

Hay otro género de graciosos que solo sirven de daznar, tañer, cantar, murmurar, blasfemar, acuchillar, mentir y ser glotonos, buenos bebedores y malos vividores: cada uno por su camino, y alguno por todos. Y de tal manera gustan dellos, que les darán favor para todo, siendo gravísimo pecado. A estos y por esto les dan joyas de precio, ricos vestidos y puños de doblones, lo que no hicieran á un sabio virtuoso y honrado, que tratara del gobierno de sus estados y personas, ilustrando sus nombres, y magnificando su casa con glorioso nombre. Antes cuando acontece que los tales acuden á ellos con casos de importancia, los menosprecian deshaciendo sus avisos. Pues ya sus gobernadores, letrados de su casa, deseosos de ambición, que ciegos de pasión, si han de dar su parecer, aunque saben que aquello conviene, lo contradicen, porque parecezca que algo hacen, y porque les pesa que otro se adelante con lo que pudieran ellos ganar gracias. Así no son admitidos, por no haber salido el triunfo de su mano, y porque no diga el otro, yo se lo dije. Con esto se quedan muchas cosas faltas de remedio; y si son casos tales que puede seguirseles dello interese notorio, dicen al dueño con sequedad notable, por no dar paga ni gracias del beneficio: ya sabemos acá eso, y tiene mil inconvenientes. Pues maldito sea otro que tiene, mas de no haber dado ellos primero en ello, y con el viento de su vanidad y violencia de su codicia lo despiden. Hacen primero como los boticarios que destilan que majan la yerba, y en sacando la sustancia dan con ella en el muladar. Entéranse primero del negocio como pueden, y dando de mano al verdadero autor, después lo disponen de modo que lo ponen del lodo, y vendiéndolo por suyo, sacan privilegio dello. Son como las vasijas de vientre grande y boca estrecha, entienden las cosas mal, hinchen el estómago de cuanto les dicen; pero aunque mas les digan, y mas les den, y estén llenos, como no lo supieron entender, tampoco se dan á entender. Desta manera se pierden los negocios, porque no pudo este quedar tan enterado en lo que le trataron, como el propio que se desveló muchas noches, acudiendo á las objeciones de contra, y favoreciendo las de pro. Buen provecho les haga, en eso me la ganen, que no les arriendo la gauancia.

Mi amo holgaba de oirme, mas que por oirme, y como buen jardinero recogia las flores que le parecían convenientes para el ramillete que deseaba componer, y dejaba lo restante para su entendimiento. Conversaba conmigo de secreto lo que decian otros en público, y no solo conmigo; antes como deseaba saber y acertar, solícitaba las habilidades de hombres de ingenio, favorecíalos y honrábalos, y si eran menesterosos, dábales lo que buenamente podia y via que les faltaba por un modo discreto, sin que pareciese limosna, dejándolos contentos, pagados y agradecidos. Acostumbraba de ordinario sentar dos ó tres destos á su mesa, donde se proponían cuestiones graves, políticas y del estado, principalmente aquellas que mayor cuidado le daban. Desta manera, sin descubrirse, recibia pareceres y disfrutaba lo mas esencial dellos. Lo mismo hacia con oficiales y gente ciudadana honrada, que sus-

tentándoles amistad, sabia dellos los agravios que recibian, el reparo que podian tener, de qué ánimo estaban, y después con su buen juicio disponia segun le convenia; y en pocos casos erraba. Era muy discreto, compuesto, virtuoso, gentil estudiante, y amigo de tales. Tenia las calidades que pide semejante plaza, mas en medio della, en lo mejor de todo, estaba sembrado y nacido un pero. Manzana fué nuestra general ruina, y pero la perdición de cada particular.

Era enamorado, que no hay carne tan sana donde no haya corrupcion y se hallen miserias y enfermedades. La suya era querer bien, y aun con exceso, y en materia semejante cada uno juzga como le parece; aunque muchos políticos dijeron que no se podia dar hombre cumplidamente perfecto sin haber sido enamorado, segun lo sintió un gracioso labrador, pregonero en su pueblo; el cual habiéndose pregonado muchas veces un jumento que á otro labrador se le habia perdido, como no pareciese (porque lo debieron hurtar jitanos, que si es necesario para desparecerlos y que no los conozcan los tiñen verdes), y el dueño le pidiese con mucho encarecimiento que lo volviese á pregonar el domingo, después de misa mayor, y que si pareciese le daría un ceboncillo que tenia. El traidor pregonero, movido de la codicia, lo hizo segun se lo pidió; y estando todo el pueblo junto en la plaza, se puso en medio della, y en voz alta dijo: «el que de todos los vecinos deste lugar y zagales del nunca hubiese sido enamorado, véngalo diciendo y le darán un gentil recental.» Estaba puesto al sol, arrimado á las paredes de la casa de concejo un moceton de veinte y dos años al parecer, melonado, un sayo largo pardo con girones, abierto por el hombro y cerrado por delante, calzon de frisa blanca plégado por abajo, camisa de cuello colchado, que no se lo pasara un arco turquesco con una muy aguda flecha, caperuza de cuartos, las abarcas de cuero de vaca y atadas por encima con tomizas, la pierna desnuda, y dijo: «herman Sanz, dádmelo á mí, que par diez nunca huñamorado, ni ma quillotrado tal refunfuadura.» Entonce el pregonero llamando al dueño del jumento muy apriesa, y señalando al moceton con el dedo, le dijo: «Anton Berrocal, dadme el ceboncillo, y veis aquí á vuestro asno.»

Y porque lo levantemos mas de puntas con verdades y de nuestro tiempo, en Salamanca, un catedrático de prima, de los mas famosos y graves letrados de aquella universidad, visitaba por su entretenimiento á una señora monja hermosa, de mucha calidad y discreta. Y siéndole forzoso á él hacer ausencia de allí por algunos dias, aunque breves, fué sin despedirse della, pareciéndole haber hecho una fineza en amor. Después cuando volvió del viaje y la quisiese visitar, como ella no admitiese su visita, quedó tan suspenso como triste, porque ignoraba cuál fuese la causa de novedad semejante, habiéndole hecho siempre tanta merced; mas cuando (por buena diligencia supo la causa) estimóselo en mucho, pareciéndole que antes aquello era en cierta manera un género de favor. Envióle á dar sus disculpas, haciendo instancia en suplicarle lo viese, poniendo por terceras para ello algunas amigas de ambas partes. Ya por la mucha importunación, aunque de mala gana, salió á recibir la visita, empero con tanto enojo y cólera, que lo dió bien á conocer, pues las primeras palabras fueron decirle: debeis de ser mal nacido; y tan bajos pensamientos no arguyen menos que humildé linaje, lo cual confirma vuestro mal proceder, y así habeis dado dello infame muestra; pues teniendo el ser que teneis por mi respeto, y habiendo llegado por él al punto en que os veis, olvidado de todo y de lo que me cuesta el haberos calificado, me habeis perdido el debido reconocimiento; mas pues fué mia la culpa con engrandeceros, no es mucho que padezca la pena de sufriros. A estas palabras añadió muchas otras de aspereza, tanto que ya el pobre señor, hallándose corrido, por los que á semejante sequedad se

hallaron presentes, y atajado de un escoso de rigor, dijo: «señora, en cuanto tener vuestra merced queja de mí, ya sea con razón ó sin ella, y acusar mi mal proceder, pase; porque cada uno siente como ama, y conozco que todo aquesto nace de la mucha merced que la vuestra me hace; mas en lo forzoso, justo y necesario, habré de satisfacer á los presentes por mi honra, que si Dios fué servido de traerme al puesto que tengo, no ha sido por sobornos ni por favores, antes por mis trabajos y continuos estudios en las letras.» Ella entonces, no dejándole pasar adelante, antes con ira le replicó luego: «¿pues cómo, traidor, y teniades vos entendimiento para conseguir las en tal extremo, ni para remendaros un zapato viejo, si yo no hubiera puesto el caudal con daros licencia que me amárades?» Conforme á esto, averiguado queda lo que importe amar, y no ser tan gran delito cuanto lo crimanan: digo, cuando los fines no son deshonestos.

Mas en mi amo jugábase á mala parte, habian escudido y traspasado la raya, de que me cargaban á mí lo malo dellos, achacándome, que después que yo lo servía tenía legrado el casco y le sonaban dentro cascabeles, lo cual no se le habia sentido hasta entonces. Bien pudo ello ser así, que con mi calor brotase pimpollos; mas para decir verdad (pues aquí no se conocen partes y la peor es para mí), cierto que me lo levantaron; porque ya cuando le comencé á servir y puso su cura en mis manos, desahuciado estaba de los médicos. No quiero negar mi mucha ocasion, porque con el favor que tenía, tenía también libertades y gracias perjudiciales. Yo era familiar en toda Roma, entraba en cada casa como en la propia, tomando por achaque para mis pretensiones dar liciones, á unas de tañer y á otras de danzar. Entretenia en buena conversacion á las doncellas con chistes y á las viudas con murmuraciones, y ganando amistades con los casados, ganaba las bocas á sus mujeres, á quien ellos me llevaban para darles gusto, y que deste principio lo tuviese mi amo para declararse mas; porque haciéndole yo relacion de lo que pasaba en todas partes, era cosa natural soplar con el aire de mis palabras el fuego de su corazon, quitando las cenizas de sobre las ascuas que dentro estaban encendidas y vivas. Habia buena disposicion, y era menester poca ocasion; era la casa pajiza, bastaba poca lumbre para levantarse mucho incendio, aficionándose de quien mejor le pareciese, sin guardar el recato que antes. Yo me confieso por el instrumento de sus escesos, y que por mi respeto, de verme pasear, entrar y salir, estaban ya muchas casas y calidades manchadas con infamia.

Mas dejemos aquí á mi amo, como á hombre á quien aunque aquesto le causaba nota, no era tan de culpar, como á los que á mí me conocian. Quisiera yo preguntar: ¿qué honra ó qué provecho era el que conmigo interesaban? ¿La señora viuda, ¿para qué quiere donaires, ó para qué los padres llevan á sus hijas tales pasantes, ni los maridos á sus mujeres entretenimientos tan peligrosos? ¿Qué otra cosa se puede sacar de los pajecitos pulidetes, cual yo era, que no pisaba el suelo, ni de los graciosos de los príncipes, ó enanos de los poderosos? de qué valen, sino de que les digan y oigan ellas de buena gana la de sus amos: lo bien que comen, lo mucho que gastan, los ámbares que compran, las galas con que regalan y las músicas que dieron? ¿Para qué dan oídos á cosas, con que otros después abran sus bocas y sacudan sus lenguas? ¿No ven que labran la cárcel y tejen la tela con que las amortajan? ¿De qué aprovecha gustar de cuentos, que no es otra cosa sino dar lugar para que los lleven á sus amos, y los den que contar á sus vecinos? Pues ténganse su pago; si son amigos de gracias, no se maravillen de las desgracias.

¶ Quieren llevar á sus casas músicas, pues á fe que les han de cantar coplas: *la viuda honrada, su puerta cerrada, su hija recogida y nunca consentida, poco visitada y*

*siempre ocupada, que del ocio nació el negocio; y es muy conforme á razon, que la madre holgazana saca hija cortesana; y si se picare, que la hija se repique, y sea cuando casada mala casera, por lo mal que fué dotrinada. Miren los padres las obligaciones que tienen, quiten las ocasiones, consideren de sí lo que murmuran de los otros, y vean cuánto mejor sería que sus mujeres, hermanas y hijas aprendiesen muchos puntos de aguja, y no muchos tonos de guitarra: *bien gobernar y no mucho bailar*, que de no saber las mujeres andar por los rincones de sus casas, nace ir á hacer mudanzas á las ajenas. ¿Por ventura digo verdad? Ya sé que direis que sí, empero que tales verdades como aquellas no se han de tratar ni decir donde no hay necesidad. Así lo confieso y apruebo de mi parte; mas ya que ninguno de los que aquí están y me oyen les toca lo dicho, bien está dicho, para que lo aconsejen á otros, que en esto vieren descaminados, y cuando sea necesario.¶*

¶ Malo es lo malo; que nunca pudo ser bueno ser yo alcabete de mi amo, y esto por la orden y traza que arriba he dicho; tomando ocasion de cuando era familiar en Roma entrar en cada casa como en la propia, valiéndome por achaque para mis pretensiones dar las liciones de tañer y de danzar, entretener á las doncellas con chistes, y á las viudas con murmuraciones, y tomando amistad con los casados. Mas tuve disculpa, con que me descubrió la necesidad aquel camino por donde saliese á buscar mi vida; pero ¿qué descargo darán, ni cómo se podrán disculpar los que así enajenan y no estiman las prendas de mayor estimacion que tienen, y el ser esto lo que mas deben estimar y poner sobre sus ojos? Si yo lo hacia, era por asentar con mi amo la aficion y privanza que en ambas partes habia, y no con fin ni pensamiento de alborotar su flaqueza, y lo condeno. Mas quien de mí se fiaba en semejantes casos y tanto me confiaba, ¿qué aguardaba ó qué esperaba de mí? Paréceles á muchos que acreditan su estimacion, que se adquiere nobleza y se granjea reputacion con semejantes visitas, entradas y salidas, siendo muy al contrario; y á las mujeres que tratando con pajes, con poetas, estudianticos de alcorza, de bonete abollado, y mocitos de barrio y otros á este modo, que serán tenidas por discretas, y pierden el nombre de castas cual debian ser, quedándose después para necias.¶

Desto y esotro, lo que vine á sacar medrado en resolucion, fué graduarme de alcabete; porque, sin mentir, pudieran ponerme borla por lo que á muchos otros, y con mucho menos, los veia poner borra. Veis cómo aun las desdichas vienen por herencia. Ya se decia, sin ningun género de rebozo ni máscara, que yo traia sin sosiego y quietud á mi amo, y él á mí traia hecho un Adonis en el traje pulido, galán y oloroso, por mi buena solicitud y diligencia en cosas semejantes. ¿Qué cierta y segura es la murmuracion en cosas tocantes á esto, y si en lo bueno muerde, qué maravilla es que en lo malo despedace, y que haya sospechas donde no faltan hechas? Grandisima simplicidad y ignorancia fuera la mia y de tales como yo, cuando pidiéramos otro mejor nombre, ni queramos tapiar á piedra lodo, de tal suerte (como dicen) las imaginaciones, dando las evidentes ocasiones á ello.

No se puede poner coto á los que juzgan, porque es querer poner puertas al campo, limitar los pensamientos, contar las arenas del mar. No aprovecha querer yo que no quieran, porfiar que no piensen, ó negar lo que todos afirman; todo es trabajo sin provecho, como querer atar y poner puertas al humo. ¿Mas qué diré agora de nuestros amos tontos, pues les debe de parecer, que por nuestra mano corre bien y con secreto su negocio. Real y verdaderamente conozco, que no hay ciencia que corrija un enamorado, no hay en amores Bártulos, ni Aristóteles ni Galenos: faltan consejos, falta el saber, y no hay medicina, pues no hay camino para mayor publicidad que nues-

tra solicitud; porque á dos visitas nuestras y un paso suyo, lo cantan luego los muchachos por las calles. La pena que yo tenía, era verme apuntar el bozo y barbas, y que sin rebozo me daban con ello en ellas; y como á los pajes graciosos y de privanza toca el ser ministros de Venus y Cupido, cuanto cuidado ponía en componerme, pulirme y aderezarme, tanto mayor lo causaba en todos para juzgarme, y viéndome así murmurarme. Yo procuraba ser limpio en los vestidos, y se me daba poco por tener manchadas las costumbres, y así me ponian de lodo con sus lenguas. Ultimamente, por activa ó por pasiva, ya me decian el nombre de las pascuas; y aunque les decia que como bellacos mentian, reianse y callaban, dando á la verdad su lugar; ultrajábanme con veras, y recibian mis agravios á burlas; mis palabras eran pajas, y las dellos garrochas.

Hombres hay considerados, que toman los dichos no como son, sino de quien los dice, y es gran cordura de muy cuerdos. Al contrario de algunos (no sé si diga necios), que de un favor de su dama forman injuria; y como si lo fuese ó lo pudiera ser, toman venganza, representando agravio, y haciéndosele á ella en su honra, sin razon la disfaman. Yo no podia resistir á tantos, ni acuchillarme con todos; via que tenían razon, pasaba por ello; y aunque es acto de fina humildad sufrir pacientemente los oprobrios, en mi era de cobardia y abatimiento de ánimo, que si á todo callaba, era porque mas no podia; y así lo sufría con paciencia. Como en casa no habia centella de vergüenza, no reparaba en lo menos; perdido ya lo mas, con risitas y sonsonetes me importaba llevarlo. En resolucion, aunque debiera tener por mas compatible cualquier escosivo daño, que torpe provecho, tenia como melon la cama hecha, estaba dañado, y sin tratar de la enmienda, la tomaba como por honra, dando ripio á lo malo cuando algo me decian, por no mostrarme corrido ni obligado que fuera dar lugar á que mas me apretasen y menos me aprovechase. Ya con esto, en alguna manera, no me perseguian tanto; mas ¿para qué habia de hacer otra cosa cuando me importara, si aunque quisiera intentarlo, no saliera con ellos, y fuera encender el fuego, pensando apagarlo con estopas y resina? Haga conchas de galápago y lomos de paciencia; cierre los oídos y la boca quien abriere la tienda de los vicios; y ninguno crea, que teniendo costumbres feas, tendrá fama hermosa, pues *el nombre sigue al hombre*, y tal será estimado cual su trato diere lugar para ello.

CAPITULO III.

Guzmán de Alfarache cuenta lo que le aconteció con un capitán y un letrado, en un banquete que hizo el embajador

¶ Son tan parecidos el engaño y la mentira, que no sé quién sepa ó pueda diferenciarlos; porque aunque diferentes en el nombre, son de una entidad, conformes en el hecho; supuesto que no hay mentira sin engaño, ni engaño sin mentira. Quien quiere mentir, engaña; y el que quiere engañar, miente. Mas como ya están recibidos en diferentes propósitos, irá con el uso, y digo conforme á él, que tal es el engaño, respeto de la verdad, como lo cierto en orden á la mentira, ó como la sombra del espejo y lo natural que la representa. Está tan dispuesto y es tan fácil para efetuar qualquier grave daño, cuanto es difícil de ser á los principios conocido; por ser tan semejante al bien, que representando su misma figura, movimientos y talle, destruye con grande facilidad. Es una red sutilísima, en cuya comparacion fué hecha de maromas la que fingen los poetas que fabricó Vulcano contra el adúltero. Es tan imperceptible y delgada, que no hay tan clara vista, juicio tan sutil, ni discrecion tan limada, que pueda descubrirla, y tan artificiosa, que tendida en lo mas llano, menos podemos escaparnos della, por la seguridad con que vamos. Y con aquesto es tan fuerte, que pocos ó

ninguno la rompe, sin dejarse dentro alguna prenda; por lo cual se llama (con justa razon) el mayor daño de la vida; pues debajo de lengua de cera trae corazon de diamante, viste cilicio sin que le toque, chúpase los carrillos, y revienta de gordo; y teniendo salud para vender, habla doliente por parecer enfermo. Hace rostro compasivo, da lágrimas, ofréceos el pecho, los brazos abiertos para despedazarnos en ellos. Y como las aves dan el imperio al águila, los animales al leon, los peces á la ballena, y las serpientes al basilisco, así entre los daños, es el mayor dellos el engaño, y mas poderoso. Como áspide mata con un sabroso sueño. Es voz de Sirena que prende agradando al oido. Con seguridad ofrece paces, con halago amistades, y faltando á sus divinas leyes las quebranta, dejándolas agraviadas con menosprecio. Promete alegres contentos y ciertas esperanzas, que nunca cumple ni llegan; porque las va cambiando de feria en feria. Y como se fabrica la casa de muchas piedras, así un engaño de otros muchos, todos á solo aquel fin. Es verdugo del bien; porque con aparente santidad asegura, y ninguno se guarda del ni le teme. Viene cubierto en figura de romero, para ejecutar su mal deseo. Es tan general esta contagiosa enfermedad, que no solamente los hombres la padecen, mas las aves y animales. También los peces tratan allá de sus engaños para conservarse mejor cada uno.¶

¶ Engañan los árboles y plantas, prometiéndonos alegre flor y fruto, que al tiempo falta, y lo pasan con lozania. Las piedras, aun siendo piedras y sin sentido, turban el nuestro con su fingido resplendor, y mienten; que no son lo que parecen: el tiempo, las ocasiones, los sentidos nos engañan, y sobre todo aun los mas bien trazados pensamientos. Toda cosa engaña, y todos engañamos en una de cuatro maneras. La una dellas es, cuando quien trata el engaño, sale con él, dejando engañado al otro, como le aconteció á cierto estudiante de Alcalá de Henares, el cual, como se llegasen las pascuas, y no tuviese con que poderlas pasar alegremente, acordóse de un vecino suyo que tenía un muy gentil corral de gallinas, y no para hacerle algun bien. Era pobre mendicante, y juntamente con esto grande avariento; criábalas con el pan que le daban de limosna, y de noche las encerraba dentro del aposento mismo en que dormía. Pues como anduviese dando trazas para hurtárselas, y ninguna fuese buena, porque de dia era imposible, y de noche asistia y las guardaba, vinole á la memoria fingir un pliego de cartas, y púsole de porte dos ducados, dirigiéndolo á Madrid á cierto caballero principal muy conocido, y antes que amanececiere, con mucho secreto se lo puso al umbral de la puerta, para que luego en abriéndola lo hallase. Levantóse por la mañana, y como lo vió, sin saber qué fuese, lo alzó del suelo; pasó el estudiante por allí, como acaso, y viéndolo el pobre, le rogó que leyese qué papeles eran aquellos; el estudiante le dijo: «cuales me hallara yo agora otros; estas cartas van á Madrid con dos ducados de porte á un caballero rico que allí reside, y no será llegado cuando estén pagados.» Al pobre le creció el ojo, parecióle que un dia de camino era poco trabajo, en especial, que á mediodia lo habria andado, y á la noche se volveria en un carro; dió de comer á sus aves, dejolas encerradas y proveidas, y fuése á llevar su pliego. El estudiante á la noche saltó por unos trascorales, y desquiciando el aposentillo, no le tocó en alguna otra cosa que las gallinas, no dejándole mas de solo el gallo, con un capuz y caperuza de bayeta bien cosido, de manera que no se le cayese; y así se fué á su casa. Cuando el pobre vino á la suya de madrugada, y vió su mal recaudo, y que habia trabajado en balde, porque tal caballero no habia en Madrid, lloraban él y el gallo su soledad y viudez amargamente.¶

¶ Otros engaños hay en que, junto con el engañado, lo queda también el engañador. Así le aconteció á este mis-